

sa. Octavio preguntó al fin si se acostaban. Sin duda alguna; pero ella estaba aún tan conmovida por el miedo que había tenido en la escalera. Con este motivo habló otra vez de sus temores, y contó á Octavio que habia hallado á Raquel y á su marido hablando detrás de la puerta de la cocina. Y sin embargo, habria sido tan fácil comprar á aquella mujer, con sólo darle de cuando en cuando alguna propina. Pero ante todo se necesitaba tener dinero y ella carecia de él. Su voz se ponía áspera, el chal de imitación, del que no hablaba, la desesperaba de tal modo, que acabó por ofrecer á su amante una escena, como las que regalaba continuamente á su marido.

—Vamos á ver, ¿es esto vivir? sin un céntimo, y teniendo que pasar vergüenzas por no poder pagar ciertas bagatelas. ¡Oh! ¡ya estoy harta y más que harta!

Octavio, que se quitaba el chaleco se detuvo, para preguntarla:

—¿Con qué motivo me cuentas todo eso?

—¿Cómo, con qué motivo? Hay cosas caballero que la delicadeza debiera dictarle sin que yo tuviera que ponerme colorada para hablar á V. de estos asuntos... ¿Por ventura no hace mucho tiempo que ha debido usted tranquilizarnos sobornando á la criada?

Calló un momento, y después añadió con irónico desdén:

—¡No por eso se habría V. arruinado!

Hubo una nueva pausa. El joven que paseaba, se detuvo de pronto y dijo:

—No soy rico, y lo siento por V.

Esto agravó la situación: la reyerta tomó carácter conyugal.

—¡No le faltaba á V. más, que decir que le amo por el dinero! gritó Berta con el aplomo de su madre. Soy una mujer interesada, ¿no es eso? Pues bien, lo soy, porque veo la razón. Diga V. lo que quiera, el dinero es y será siempre el dinero. Yo, añadió parodiando á la autora de sus días, cuando he tenido un franco he dicho que tenía cuarenta, porque vale mil veces más ser envidiada que compadecida.

Octavio la interrumpió, diciéndole deseo de paz:

—Mira, si te enfada mucho que los encajes sean de imitación, con cambiar el chal por otro de encajes verdaderos, está todo concluido.

—¡El chal! continuó Berta furiosa, ¿cree V. que me acordaba ya del chal? ¡Lo que me desespera es lo demás... ya me entiendo V.! Se parece V. en eso á mi marido. Aunque me viera V. andar por las calles sin

botinas, le importaría á V. poco. Y sin embargo, cuando se tiene una mujer, las leyes más rudimentarias del buen corazón, mandan alimentarla y vestirla. Pero jamás los hombres comprenden eso. Lo mismo V. que mi marido, serían capaces de dejarme ir por las calles en camisa si yo lo consintiera.

Octavio, cansado de aquélla escena doméstica, tomó el partido de callar, recordando que muchas veces se libraba Augusto de ellas con semejante proceder. Acabando de desnudarse lentamente, dejaba pasar el oleaje no sin pensar en la poca suerte que tenía en sus amores. Había deseado á Berta ardientemente hasta el punto de sacrificarse á ella, y sin embargo, la mujer deseada se hallaba en su cuarto solo para armarle camorra, y para hacerle pasar la noche en blanco, como si ya llevaran seis meses de matrimonio.

—¿Quieres que nos acostemos? preguntó al fin. Nos habíamos prometido tanta dicha, que es una tontería perder el tiempo en decirnos cosas desagradables.

Y lleno de bondad, sin deseo, pero por cortesía, quiso darla un beso. Ella le rechazó y se echó á llorar. Entonces él desesperando de calmarla, se quitó las botas con furia decidido á acostarse solo.

—No falta más sino que me eche V. en cara mis salidas de casa, balbuceaba Berta entre sollozos. Acúseme V. de que le cueste cara... ¡Oh! ahora veo claro... Todo esto viene del mal humor que le ha causado á V. tener que hacerme ese maldito regalo. Si pudiera usted encerrarme en un cofre, lo haría. Y sin embargo, no es ningún crimen que teniendo amigas vaya á verlas... En cuanto á mamá...

—¡Me acuesto! dijo Octavio haciéndolo. Desnúdate, y deja á tu mamá, que te ha formado un caracter, no muy agradable, permíteme que te lo diga.

Berta comenzó á desnudarse maquinalmente, mientras que animándose y alzando más la voz decía:

—Mi mamá ha cumplido su deber. No es V. quien aquí debe censurarla. Le prohíbo á V. que pronuncie su nombre... ¡No le falta á V. más que ensañarse con mi familia!

El cordón de su enagua tenía un nudo y lo cortó. Después, sentándose al borde de la cama para quitarse las medias:

—¡Ah! como siento haber sido débil, caballero, dijo: ¡si una pudiera hacer las cosas dos veces!

Estaba ya en camisa con los brazos y las piernas desnudos. Su pecho agitado por la

ira, salía del escote adornado con puntillas. Octavio que afectaba no hacerla caso dándole las espaldas, se volvió de pronto exclamando:

—¿Cómo es eso? ¿Siente V. haberme amado?

—Sí por cierto, porque es V. un hombre incapaz de comprender mi corazón.

Los dos se miraron cara á cara, pero sin amor. Ella había colocado una rodilla sobre el borde del colchón, en el bello movimiento de una mujer que se dispone á acostarse. Pero él no veía como otras veces aquellos encantos.

—¡Ah! ¡si volviéramos á empezar! dijo ella.

—Preferiría V. á otro, ¿no es verdad? dijo él en alta voz brutalmente.

Berta se acostó é iba á responderle en el mismo tono, cuando resonaron fuertes puñetazos en la puerta. Los dos se sobrecogieron, quedando inmóviles y helados. Una voz sorda, decía entre tanto:

—Abrid, os oigo... abrid ó echo abajo la puerta.

Era la voz del marido. Los amantes no se movían, apenas se daban cuenta de lo que les pasaba, y al sentir el contacto de sus carnes se sentían fríos como cadáveres. Berta

fué la primera que saltó de la cama movida por el deseo instintivo de separarse de su amante. Augusto repetía detrás de la puerta:

—¡Abrid... abrid al punto!

Entonces hubo una terrible confusión, una angustia inexplicable. Berta daba vueltas por el cuarto fuera de sí, buscando un medio de escapar, poseida de un miedo mortal. Octavio cuyo corazón quería saltarse de su pecho á cada golpe, corrió á la puerta maquinalmente como para reforzar su consistencia. La situación se hacía intolerable: aquel imbécil iba á alarmar á todo el vecindario: era preciso abrir. Pero cuando Berta comprendió su resolución, se colgó de su cuello suplicándole con ojos aterrorizados que no abriera... ¡Oh! no, el marido caería sobre ellos con una pistola ó un cuchillo. Él, no menos pálido que ella y dominado por su espanto, se puso un pantalón y rogó á Berta á media voz que se vistiera; pero ella permanecía desnuda, sin hacer nada, sin lograr siquiera encontrar sus medias. Entre tanto el marido golpeaba la puerta con encarnizamiento.

—No queréis abrir, decía; no respondéis... ¡Pues bien... ahora veréis...!

Hacia ya tiempo que Octavio pedía al casero que mandase poner dos tornillos nue-

vos á la cerradura que se movía, siendo fácil acabar de sacarla de su sitio. Con un nuevo y vigoroso golpe de Augusto sucedió lo que el joven temía, saltó la cerradura, y el marido que no esperaba que cediera tan pronto, cayó rodando en medio del cuarto.

— ¡Voto á mil diablos! exclamó.

No tenía en la mano más que una llave, y uno de sus puños se ensangrentó al golpe que sufrió en la caída. Cuando se levantó lívido y avergonzado de rabia por lo ridículo de su entrada, comenzó á agitar los brazos en el vacío queriendo coger á Octavio. Pero éste con un movimiento rápido le sujetó las manos, y como era más vigoroso que él, le contuvo gritando:

— Caballero, V. ha violado mi domicilio... Esto es indigno... ningún hombre que estima en algo su honor procede de este modo.

Durante su breve lucha, Berta se escapó en camisa por la puerta que había quedado abierta; se le figuró ver un cuchillo en la ensangrentada mano de su marido, y sentía en sus espaldas el frío del acero. Al correr por el corredor creyó oír ruido de bofetadas, sin poder comprender ni quién las daba, ni quién las recibía. Voces que no reconocía ya en el estado de turbación en que se hallaba, decían:

— Estoy á las órdenes de V. Donde V. quiera y como quiera.

— Bien está... pronto sabrá V. quien soy yo.

Corriendo bajó Berta la escalera de servicio; pero cuando ganó los dos tramos como si la persiguieran las llamas de un incendio, halló la puerta de la cocina cerrada, y recordó que había dejado la llave en el bolsillo de su peñador. Por lo demás, no había luz dentro: no había duda, la criada los había vendido. Sin tomar aliento volvió á subir á escape, y pasó de nuevo por delante de la puerta del cuarto de Octavio, donde los dos hombres continuaban disputando.

Aún se sacudían como energúmenos, y quizás tendría tiempo de librarse de su perseguidor. Con esta esperanza bajó rápidamente la escalera principal, confiando en que su marido habría dejado abierta la puerta de su casa. Si así era, se encerraría en su cuarto y no abriría por nada del mundo. Pero allí por segunda vez se encontró con una puerta cerrada. Viéndose sin asilo y desnuda, fuera de sí, subió y bajó como una fiera acosada que no sabe donde guarecerse. No se atrevió á llamar en casa de sus padres, y aunque pensó un momento pedir amparo á los porteros, la vergüenza la hizo renun-

ciar á esta idea. Escuchaba, levantaba la cabeza, se asomaba á las barandillas, pero los latidos de su corazón la ensordecían, y en medio del silencio y de la oscuridad que reinaban en la escalera, creía ver siniestros fulgores y extraños ruidos. Parecíale á cada instante que penetraba en su pecho, el cuchillo que blandía su esposo en su ensangrentada mano. De pronto oyó un ruido, se figuró que era él, tembló de piés á cabeza, y como en aquel instante se hallaba delante de la puerta de Campardon, dió un fuerte campanillazo, sin saber lo que hacía, movida por el terror que la dominaba.

—¿Qué es eso? ¿Hay fuego? dijo dentro una voz.

La puerta se abrió en seguida y se presentó Lisa, que salía de puntillas del cuarto de Ángela con una palmatoria en la mano. El campanillazo la hizo dar un salto, abrió, y al ver á Berta en camisa se quedó estupefacta.

—¿Qué ocurre? preguntó.

La joven entró cerrando violentamente la puerta, y apoyándose en la pared y jadeante, balbuceó:

—¡Silencio...! ¡Quiere matarme!

Lisa no acertaba á explicarse aquella escena, cuando Campardon se apareció lleno

de inquietud. Aquel ruido inoportuno é incomprendible, había perturbado á Gasparina y al arquitecto. Se puso unos calzoncillos y salió procurando aunque estaba agitado, mostrar todo el aplomo de un marido que duerme solo.

—¿Es V., Lisa? dijo desde la sala... ¡vaya una broma! ¿Quiere V. explicarme qué es lo que hace á estas horas por ahí?

—Tenía miedo de no haber cerrado bien la puerta; esto no me dejaba dormir, y bajé para cereiorarme... Pero esta señora...

El arquitecto, al ver á Berta apoyada en la pared y en camisa, quedó petrificado á su vez. Por un exceso de pudor, se tocó con la mano para ver si sus calzoncillos estaban bien abrochados.

Berta, olvidada de que estaba desnuda, exclamó:

—Por Dios, caballero, ocúlteme V. en su casa... ¡Quiere matarme!

—¿Quien? preguntó Campardon.

—Mi marido.

A poco de llegar el arquitecto, se presentó la prima después de echarse un vestido, revelando en la expresión de su rostro el rencor contra los que habían turbado su placer. La vista de la joven desnuda, y en su desnudez bella, acabó de exasperarla.

—¿Qué ha hecho V. á su marido? preguntó.

Ante aquella pregunta, una gran vergüenza asaltó á Berta. Se vió desnuda, y se puso encendida de piés á cabeza. En aquel estremecimiento de pudor, cruzó los brazos sobre su pecho como para librarse de las miradas y balbuceó:

—¡Me ha encontrado...! ¡me ha sorprendido!

Campardon y Gasparina comprendieron, y cambiaron una mirada de indignación. Lisa, cuya palmatoria alumbraba la escena, participó de la indignación de sus amos. Pero la explicación tuvo que interrumpirse, porque Ángela acudió también fingiendo que acababa de despertarse. El espectáculo de aquella señora en camisa la estremeció.

—¡Oh! dijo simplemente.

—No es nada... vé á acostarte, gritó su padre.

Después, comprendiendo que necesitaba inventar alguna historia, contó la primera que le vino al magin.

—Es que la señora se ha torcido el pié al bajar la escalera, dijo, y ha llamado para que la ayudemos... ¡Anda, anda, vé á acostarte, te vas á resfriar!

Lisa contuvo la risa al encontrar una mi-

rada de Ángela, que se volvía á su cuarto muy contenta por haber visto aquello. En esto, Mad. Campardon llamaba desde su alcoba. Interesada con la lectura de la novela de Dickens, aún tenía luz, y quería saber lo que pasaba. ¿Qué ocurría? ¿por qué no iban á tranquilizarla?

—Venga V. señora, dijo el arquitecto á Berta; y V. Lisa, espere V. un instante.

Rosa estaba á sus anchas en la gran cama con un lujo de reina, y su tranquila serenidad de ídolo. Conmovida aún por la lectura, había dejado el libro sobre la cama moviéndolo suavemente con las aspiraciones é inspiraciones de su pecho. Cuando la prima en breves palabras la informó de lo que acontecía, también se escandalizó. ¿Cómo era posible engañar á un marido? Y al hablar, sentía repugnancia por lo que ya había perdido la costumbre de practicar. El arquitecto en tanto se acercaba, contemplando la garganta y el turgente seno de la joven, lo que acabó de sonrejar á Gasparina.

—Esto no puede tolerarse, exclamó; ¡cúbrase V. señora, cúbrase V.!

Y ella misma la echó sobre los hombros un mantón de Rosa, un gran mantón de punto que no la cubrió más que hasta los muslos, con cuyo motivo el arquitecto á pe-

sar suyo, no hacía más que mirarla las piernas.

Berta seguía temblando. No creía estar segura y miraba á la puerta estremeciéndose. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y dirigió sus súplicas á Rosa.

—¡Oh! ¡señora, por Dios! balbuceó, sálveme V... quiere matarme.

Hubo un momento de silencio. Los tres se miraban sin ocultar su desaprobación á una conducta tan culpable. Luego no era posible resistir la aparición de una mujer en camisa, y á media noche á riesgo de molestar á personas pacíficas. No, aquello no era tolerable, no se ponía á una familia honrada en tan crítica situación.

—En casa hay una joven, dijo al fin Gasparina. ¡Piense V., señora, en nuestra responsabilidad...!

—Mejor estará V. en casa de sus padres, insinuó el arquitecto, y si V. me lo permite yo mismo la acompañaré...

Berta experimentó un nuevo terror.

—No, no, dijo; él está en la escalera y me matará.

La infeliz suplicaba: una silla la bastaría para esperar hasta que amaneciera, y entonces se marcharía. El arquitecto y su mujer habrían cedido, él dominado por los encan-

tos de la joven, y ella interesada por la sorpresa de aquel drama á media noche; pero Gasparina era implacable. Sin embargo, movida por una viva curiosidad, preguntó á Berta.

—¿Y dónde estaba V.?

—Arriba... en el cuarto que hay en el fondo del corredor... ya sabe V.

Campardon levantó los brazos al cielo gritando...

—¡Cómo! ¿En el cuarto de Octavio...? No puede ser.

¡Con Octavio tan flacucho una mujer tan bonita y tan de buen año! Esto le humillaba. Rosa también sintió cierto despecho que acentuó su severidad. Gasparina por su parte se enfureció, mordida en el corazón por su odio instintivo contra el joven. Ya sabía ella que conquistaba á todas las mujeres que quería; pero no era cosa de conservárselas calentitas en su cuarto.

—Póngase V. en nuestro lugar, añadió con dureza. ¡Repito á V. que hay en casa una joven y que no es posible...!

—Además, insinuó Campardon : hay la vecindad y su mismo marido de V., con el que siempre he sostenido las mejores relaciones. Tendría razón para indignarse. No podemos en forma alguna aprobar pública-

mente la conducta de V.; ¡oh! no, una conducta que no me permito juzgar; porque es bastante... ¿cómo diré yo? bastante ligera... ¿no es verdad?

—Seguramente no arrojamos á V. la piedra, continuó Rosa... ¡Pero el mundo es tan malo! Se contaría que se daban ustedes cita en nuestra casa... y ya lo sabe V., mi marido trabaja para personas muy austeras. La menor duda sobre su moralidad, le haría perder su posición... ¡Oh! señora, permítame usted que la pregunte... ¿cómo no la ha contenido á V. la religión? El cura de San Roque nos hablaba ante ayer mismo de V., con un afecto paternal.

Berta, acosada por los tres, miraba al que la hablaba, como aturdida. En medio de su espanto comenzó á comprender la situación, y se asombró de estar allí. ¿Por qué había llamado? ¿Qué hacía en medio de aquellas gentes á quienes molestaba? Tenían razón, no había derecho para incomodar de aquella suerte á unos vecinos, por amigos que fuesen. Y como el arquitecto la empujaba suavemente hacia la antesala, Berta salió del cuarto de Rosa, sin responder siquiera á sus exhortaciones.

—¿Quiere V. que la acompañe á casa de sus padres? preguntó Campardon. En estas

circunstancias, á su lado es donde debe V. estar.

Ella se negó, con un gesto de terror.

—Entonces, espere V., añadió el arquitecto, voy á dar un vistazo á la escalera, porque sentiría en extremo que la ocurriese á usted el menor contratiempo.

Lisa había permanecido en medio de la antesala con la palmatoria en la mano, su amo se la pidió, salió con ella á la escalera y volvió en seguida.

—Aseguro á V. que no hay nadie... dijo; váyase V. á escape.

Entonces Berta, que durante aquella breve escena no había despegado los labios, se quitó violentamente el chal de lana, y arrojándolo al suelo, dijo:

—Tenga V... esto es de ustedes... Va á matarme, ¿para qué he de llevármelo?

Y se fué en camisa, como había entrado, quedando sumida en la oscuridad, mientras que Campardon, echando á la puerta la llave y el cerrojo, murmuraba, furioso:

—¡Anda, y que te emplumen en otra parte!

Y al notar que Lisa se reía detrás de él:

—Es verdad, añadió. Si uno fuera blando, todas las noches habría escenas como esta... Que cada cual se las arregle como

Dios le dé á entender. Por mí, la hubiera dado cien francos; ¿pero sacrificarle mi reputación...? por nada del mundo.

Rosa y Gasparina murmuraban también. ¿Se había visto jamás, mayor desvergüenza? ¡Pasearse por la escalera en paños tan menores! Francamente, había mujeres que, cuando se alegraban demasiado, no respetaban nada. Pero iban á dar las dos y era preciso irse á dormir, con cuyo motivo se repitió la despedida con sus correspondientes besos: ¡buenas noches, querido! ¡buenas noches, monona! Confortaba el alma ver que se amaban y que siempre estaban de acuerdo, al paso que, en otros matrimonios ocurrían catástrofes como la que acababan de presenciar. Rosa cogió de nuevo el libro: leería algunas páginas más y luego se dormiría en paz y en gracia de Dios. Campardon siguió á Gasparina y los dos se acostaron, gruñendo porque las sábanas se habían enfriado, y lo menos en media hora no podrían entrar en calor.

En tanto Lisa, que había entrado en el cuarto de Ángela, la decía:

—La señora se ha torcido un pié... ¿eh? Muéstreme V., señorita cómo ha podido ser eso.

—Así, así, respondió la niña, dando un

abrazo á la doméstica y besándola en la boca.

—Berta tiritaba en la escalera. Hacía frío y el calorifero no funcionaba hasta el 1.º de Noviembre. Bajó y se puso á escuchar en la puerta de su casa, sin percibir el menor ruido. Subió después hasta el cuarto de Octavio, y aunque de lejos, porque no se atrevía á acercarse, hizo la misma operación y tampoco oyó nada, ni un murmullo. Entonces se acurrucó cerca de la puerta de la casa de sus padres, donde se propuso esperar á Adela, porque la idea de confesar á su madre lo que había pasado, la aterrorizaba como cuando era niña. Poco á poco la solemnidad de la escalera renovó la angustia en su pecho. Estaba oscura y severa. Nadie la veía, y sin embargo la dominaba una especie de pudor, al verse en camisa ante la honestidad del estuco y del zinc sobredorado. Detrás de las puertas de caoba, la dignidad conyugal parecía acusarla. Jamás aquella casa había exhalado un ambiente más virtuoso. Después, un rayo de luna penetró por las ventanas y la escalera pareció una iglesia: desde el vestíbulo hasta los cuartos de las criadas se notaba un gran recogimiento, todas las virtudes de aquellos hogares se agitaban en la sombra, mientras que á favor

de la pálida claridad, resaltaba la desnudez de la joven. Sintió que hasta las paredes se escandalizaban, y entonces, estirando su camisa cuanto pudo se cubrió los piés, con el terror de ver aparecer el espectro de monsieur Gourd en zapatillas y con el gorro griego.

De pronto oyó un ruido y se levantó, fuera de sí, disponiéndose á llamar á la puerta de sus padres, cuando una voz suave y cariñosa la detuvo:

—Señora... señora... murmuró.

Miró hacia abajo y no vió nada.

—Soy yo... señora.

Y María se presentó á ella también en camisa. Había oído la escena y se había escapado de la cama, dejando á Julio dormido, para escuchar mejor desde el corredor.

—Entre V. en mi casa, añadió... así está usted mal... no abrigue V. temor, soy una amiga.

Poco á poco la tranquilizó, refiriéndola cuanto había ocurrido. Los hombres no se habían hecho daño. Octavio, pronunciando fuertes interjecciones había colocado la cómoda detrás de la puerta para que nadie entrara y el marido se había ido, llevándose en un lío los efectos que ella había dejado, los zapatos, las medias, que debía haber en-

vuelto en el peinador. En fin, todo había concluido, y al día siguiente ya habría medio de impedir que se batieran.

Pero Berta permanecía en el dintel de la puerta, con un resto de miedo y de vergüenza, no atreviéndose á entrar en casa de una señora á quien no visitaba. Fué necesario que María la obligase á penetrar.

—Puede V. acostarse en el canapé, la dijo, la daré á V. un mantón y mañana iré á ver á su madre de V.... ¡Ha sido una verdadera desdicha...! Pero ya se ve, cuando una ama no desconfía...

—¡Para lo que una goza! dijo Berta con un suspiro, en el que se descubría todo el vacío estúpido y cruel de aquella terrible noche. Tiene razón al enfurecerse, añadió. Si le pasa lo que á mi, debe estar harto hasta dejárselo de sobra.

Iban á hablar de Octavio; pero callaron, y de pronto, á tientas, cayeron sollozando, la una en los brazos de la otra. Sus desnudos miembros se estremecían con una pasión convulsiva: última laxitud, tristeza inmensa, el fin de todo para aquellas dos mujeres. No pronunciaron una palabra más: sus lágrimas corrían en medio de la oscuridad y del profundo silencio de aquella casa que respiraba decencia y castidad.